

Una vista general de la mina de carbón, la ciudad y la planta de cerámica de Lota cerca de Concepción, alrededor de 1950. (Fotografía: Three Lions/Getty Images)

Las no esquinas

Alicia Paz González Riquelme

LAS ESQUINAS URBANAS siempre han sido referentes para ubicarse, encontrarse, detenerse; nos permiten, entre otras cosas, ser conscientes de un cambio, de un quiebre, orientándonos en el espacio en que nos encontramos y recorreremos. Las esquinas son siempre una posibilidad de elección. Su condición de momento y de pausa en la movilidad peatonal, vehicular, visual, auditiva agregan a la condición de esquina la posibilidad de ser irrepitibles, de ser un momento excepcional y a la vez reiterativo en el orden urbano.

Sentirse perdido es uno de los dramas más impactantes para el ser humano. La desorientación produce angustia, desolación, llanto, sobre todo si se es pequeño y se ha salido de casa a comprar en la esquina que no aparece nunca. El regreso se vuelve indescifrable y nos va llevando a cada paso, a ningún lugar, como bien lo expresa el cuento de Hansel y Gretel.

La esquina como condición estructural de un determinado orden urbano da cuenta de un proceso gradual de incorporación de significados y atributos espaciales, sociales, formales y ornamentales. De algún modo, las esquinas son a la manera de la ciudad y de sus habitantes. Son a la medida de la austeridad o la fastuosidad reinante; son también referentes inigualables cuando el trabajo proyectual y edificatorio se detiene cuidadosamente a solucionar de una manera única y especial la condición urbana a la que se enfrenta la acción arquitectónica.

Al coincidir traza urbana y arquitectura en condiciones de excepción, la esquina tiene potencialmente la posibilidad de detonar importantes cargas semánticas necesarias para la habitabilidad de las distintas escalas del espacio urbano al aprovechar su emplazamiento de privilegio y su relación con el entorno, mediante, entre otros aspectos, el cuidadoso trabajo de la envolvente, el manejo propositivo de la escala edificatoria, así como el planteamiento del destino público y privado concebido en el programa edilicio.

A pesar de su importancia, no siempre adquieren la presencia que su localización les exige. Recuerdo un día de verano. Debo haber tenido ocho o nueve años, no más. Después de una comida que celebraba un reencuentro con tíos y primos que se habían trasladado a vivir a provincia, cerca de nosotros, en el sur de Chile, y que habían comprado una casita entre cientos de casitas, todas prácticamente nuevas e igualitas, estábamos chicos y grandes en la sobremesa. Después de un rato, la conversación de los adultos fue llevando a los pequeños a abandonar de manera subrepticia la gran mesa del comedor todavía abundantemente abastecida de trozos de jugosa carne, ensaladas varias, pan, bebidas refrescantes, y por supuesto, el infaltable vino para los grandes. El tío, como buen anfitrión, no dejaba ningún detalle pendiente respecto a la comida; en esa casa podía faltar de todo menos un buen plato que llevarse a la boca. Siempre fue así.

Yo, niña, con una permanente vocación por la nostalgia, decidí salir a caminar en los alrededores, esperando encontrar alguna esquina dónde comprarme un dulce o un helado. Mi tía me explicó que a unas dos o tres cuadras, doblando a la derecha y caminando otra cuadra, encontraría un negocio.

Con mi escasa experiencia previa en torno al dinero y el intercambio, así como de desplazamiento en solitario por calles y espacios urbanos fuera de mi entorno inmediato, que en mí se traducían a salir de mi casa a comprar a la esquina algún encargo, partí confiada suponiendo que esta nueva experiencia sería similar y no fue así. Me perdí como en un laberinto, sin saber en qué dirección caminar. No sabía si al avanzar me acercaba o me alejaba del punto de partida. Efectivamente, encontré un negocio y luego otro, y después otro, todos iguales, estandarizados. Los recuerdo vagamente como locales concentrados sobre una ligera plataforma. En el primero he de haber comprado el dulce y de ahí salí sin rumbo claro, confiada en llegar de nuevo al punto de partida.

Caminaba y todo me resultaba igual. Las casas con poca historia de uso, igual que las calles y los parques y los comercios, tenían poco que contar, supongo que sólo viviendo en la Villa por algún tiempo era posible hacerse de las referencias necesarias para no perderse. Un anuncio, un color distinto y llamativo de alguna casa, algún árbol importante, alguna esquina diferente, alguna reja pintada que me recordara por donde había pasado. Nada, no encontraba a qué aferrarme; las calles estaban muy tranquilas, las recuerdo en silencio, sin embargo, me ayudó pensar que mis hermanos se habían quedado jugando en el jardín y que junto a las primas, el coro era considerable. Pero ¿estarían aún fuera de casa, jugando con el mismo ímpetu? ¿Estarían todavía las bicis afuera, los triciclos, las pelotas? Pensar en ello fue lo único que me ayudó, primero a tranquilizarme y luego a regresar. Fui buscando hasta encontrar sonidos familiares, lo que me permitió recuperar pequeños

signos, mínimas diferencias de casas y paisajes. Ya no recuerdo cómo, después de mucho tiempo, casi al anochecer, estaba en casa nuevamente. La sensación de estar perdida todavía vive en mí.

Para llegar a la villa de San Pedro se debía atravesar el puente nuevo del río Bío-Bío, el más largo de Chile y que enlazaba la ciudad de Concepción con esta nueva zona habitacional; éste a su vez era el momento culminante del viaje. Recuerdo a papá dar vueltas y vueltas en el auto, hasta que por fin, preguntando y volviendo a preguntar, pudimos finalmente dar con la casa. Era claro que con la dirección no bastaba ni para los mismos vecindarios del lugar. El diseño de las casas y edificios estandarizados, con leves variaciones tipológicas, se apreciaban como todos iguales donde no se si se agradecía la variación en continuidad de las grandes extensiones ajardinadas. Hacia el interior de la Villa resultaba muy difícil identificar referencias del paisaje natural a pesar de contar con un emplazamiento privilegiado que contaba con extensa ribera al río, borde costero al Pacífico y tres lagunas naturales.

La Villa San Pedro, lugar en el que nos encontrábamos mi familia y yo, era un barrio prácticamente nuevo y muy extenso, con un paisaje hermoso caracterizado por interminables extensiones de jardines.

De acuerdo con la descripción que hacen Fuentes y Pérez:

El proyecto urbano propuso una estructura general a partir de tres subsectores que agrupaban unas 600 viviendas relacionados cada uno con un núcleo central con instalaciones comunitarias. Cada sector contenía pequeños vecindarios compuestos por 70 a 80 viviendas ordenadas en torno a una pequeña plaza donde se ubicaba un parvulario y un pequeño comercio. El proyecto disponía un parque recreativo bordeando a la laguna que remataba al poniente en un pequeño cerro en cuya cumbre se ubicaba una hostería y en sus ensenadas al norte un teatro al aire libre y un estadio. Desde las vías de borde se generaban avenidas y pasajes de penetración. Las avenidas de acceso aparecían señaladas por conjuntos



de bloques aislados de cuatro plantas de altura. Desde esos puntos se organizaba una red compleja de pasajes y plazas interiores sucesivas donde se instalaban las viviendas. Estas vías están afectadas por la falta de continuidad espacial y son carentes de hitos referenciales, cuestiones que complican los recorridos internos.¹


La propuesta reconoce una escala mayor en las tres áreas y el centro cívico, después, una inferior en cada área y, finalmente, en cada subárea o vecindario.

Y concluyen:

A la postre el centro cívico no se construyó y su terreno fue ocupado por más viviendas y pasajes que imposibilitaron establecer una jerarquía espacial al conjunto. El resultado fue un complejo urbano de difícil comprensión espacial, aunque sus propiedades de ciudad jardín han sido exitosas

A pesar de mis pocos años y a tantos de distancia de aquella experiencia, recuerdo con toda claridad esa sensación de interminable angustia de un espacio urbano difícil de descifrar, y pienso en la importancia de las esquinas como el referente material y social más inmediato, efectivo, seguro, en la escala más próxima entre casa y ciudad, pienso en la esquina como referente de identidad a nivel barrial, y pienso en la esquina urbana, quizá metropolitana, como hito, como lugar donde se fijan las memorias sociales e individuales, y se construyen día a día nuevas historias.

La esquina en la ciudad puede contener la exposición o el cobijo. Es referencia, también, de unos cuantos privilegiados quienes comparten celosamente el secreto de la esquina con mejor café del sector, la mejor comida, el mejor ambiente o el mejor precio, teniendo la posibilidad de estar ahí, en el dominio personalizado de un lugar y al mismo tiempo estando en un punto desde dónde observar y ser partícipe de la vida urbana en los lugares y momentos más álgidos, donde las cosas y las personas tienden a confluir, donde los horarios son significativos respecto a la creación de ambientes diversos, desde donde pareciera fluir una vitalidad poderosa desde la ciudad como materia y sociabilidad.

Desde entonces pido esquinas y algunas pausas en el camino. 

¹ Fuentes, Pablo y Leonel Pérez, “Formación del Concepción metropolitana a través de los grandes conjuntos residenciales. Aportaciones del urbanismo moderno”, en *Atenea*, no. 505. Universidad de Concepción, Chile, 2012.

<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622012000100003>